

Opinión

Moneda única para Brasil y Argentina



**Jaime
Martínez Tascón**

La creación de una divisa única en Iberoamérica es un viejo anhelo que ya surgió en 2019, aunque las gestiones llevadas a cabo no prosperaron. Este interés responde al deseo de tener una mayor competitividad en los mercados internacionales, consiguiendo de esa forma evitar la enorme dependencia que tienen estas economías del dólar estadounidense. Cuando hablamos de una moneda común nos viene a la cabeza lo que se ha hecho en la UE. Sin embargo, no son situaciones comparables porque la desigualdad entre los países iberoamericanos no es comparable a la que existía en Europa. La adopción del euro fue bastante más 'fácil' y viable que implantar una moneda única allí.

La idea sería comenzar con una moneda común para Brasil y Argentina, aunque hay esperanza de poder extenderla al resto de países. Si hacerlo entre los dos primeros es difícil, incluir a los demás es prácticamente inviable. A ello hay que sumar el momento en que se produce: la perspectiva es que durante 2023 las economías del área sufran una desaceleración que, incluso, se podría prolongar en 2024. No parece que sea el mejor momento para realizar una transformación de ese calado.

Reducir la desigualdad

El reto principal es reducir la desigualdad entre los estados. Argentina vive sumida en una permanente crisis, con una inflación superior al 90%. Brasil, por su parte, está inmersa en una confrontación política que hace que la viabilidad de sus proyectos a futuro esté en el aire. Si añadimos otros países, la tarea es ardua. Comunicar a Venezuela o a Cuba, que cuentan con unas estructuras económicas arcaicas, que van a pertenecer a una moneda única creo que es francamente complicado. Brasil y México son las economías que compiten mejor en los mercados internacionales, mientras que las demás están sumidas en crisis profundas o sus estructuras económicas no son competitivas. A estas desigualdades económicas habría que añadir las políticas, pues se trata de gobiernos con unas ideologías totalmente opuestas, que hacen que adoptar una moneda única se convierta en un reto prácticamente inalcanzable.

Teniendo en cuenta que la apreciación del dólar en un 10% supone un incremento de la inflación en las economías iberoamericanas de un 1%, que sus monedas sufren cuando suben los tipos de interés en Estados Unidos, y que actualmente se están incrementando las tasas de la Reserva Federal, es lógico que estos países quieran ser más competitivos sin tener que depender de la moneda del vecino del norte. Pero lograr una independencia monetaria con respecto a Estados Unidos se plantea más como un anhelo, como una ilusión, que como una realidad que pueda llegar a materializarse.

Profesor de OBS Business School
y director de InveretiK